

Terry Hayes

SOY PILGRIM



Traducción del inglés de
Cristina Martín Sanz

Título original: *I Am Pilgrim*

Ilustración de la cubierta: Shutterstock. Diseño de R. Shailer / TW

Copyright © *Leonado, Ltd.*, 2014

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra*, 2015

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-701-8

Depósito legal: B-15.042-2015

1ª edición, junio de 2015

3ª edición (1ª en Argentina), septiembre de 2015

Printed in Argentina

Impresión: Encuadernación Araoz S. R. L.
Avenida San Martín, 1265, Ramos Mejía

No existe un terror tan constante, tan esquivo a la hora de describirlo, como el que acosa a un espía que se encuentra en un país desconocido.

JOHN LE CARRÉ, *El espejo de los espías*

Por estas calles mezquinas tiene que andar un hombre que no es mezquino, que no está corrompido ni tiene miedo.

RAYMOND CHANDLER, *El simple arte de matar*

PRIMERA PARTE

1

Hay lugares que recordaré toda la vida: la Plaza Roja barrida por un viento cálido, el dormitorio de mi madre, ubicado en el lado malo de la carretera 8-Mile, los interminables jardines de un elegante hogar de adopción, un hombre aguardando para matarme en un grupo de ruinas conocido como el Teatro de la Muerte...

Sin embargo, nada está tan grabado a fuego en mi memoria como aquel hotelucho de Nueva York sin ascensor: cortinas raídas, muebles baratos, una mesa repleta de metanfetaminas y otras drogas... Junto a la cama, reposan un bolso de mujer, un tanga negro tan estrecho que parece hilo dental y un par de zapatos Jimmy Choo con tacones de quince centímetros. Al igual que su propietaria, allí parecen fuera de lugar. Ella está en el cuarto de baño, desnuda, con el cuello rajado, flotando boca abajo dentro de una bañera llena de ácido sulfúrico, el ingrediente activo de un producto para desatascar desagües que puede adquirirse en cualquier supermercado.

Hay docenas de botellas del producto —DrainBomb, se llama— desperdigadas por el suelo, ya vacías. Sin que nadie se fije en mí, empiezo a abrirme paso entre ellas con sumo cuidado. Todas llevan aún la etiqueta del precio, y observo que quien ha matado a esa mujer las compró en veinte tiendas diferentes con el fin de no despertar sospechas. Siempre he dicho que resulta difícil no admirar una buena planificación.

En la habitación reina el caos, el ruido es ensordecedor: las radios de la policía a todo volumen, los ayudantes del forense que

piden refuerzos a gritos, una hispana que llora. Incluso cuando la víctima no tiene ni un solo conocido en el mundo, por lo visto siempre hay alguien que llora en este tipo de escenas.

La joven de la bañera está irreconocible, los tres días que ha pasado sumergida en el ácido han destrozado sus facciones. Imagino que ése era el plan, porque quien la ha matado también se aseguró de hundirle las manos bajo el peso de sendos listines telefónicos. El ácido no sólo ha disuelto las huellas dactilares, sino también casi toda la estructura del metacarpo. A menos que los del equipo forense de la policía de Nueva York tengan suerte con la dentadura, van a pasarlas canutas intentando identificar a la fallecida.

En sitios como éste, donde uno tiene la sensación de que el mal continúa adherido a las paredes, la mente puede aventurarse por territorios extraños. La idea de una mujer joven sin rostro me recordó una antigua canción de Lennon/McCartney, una que hablaba de Eleanor Rigby, una mujer que guardaba su cara junto a la puerta de casa, dentro de un tarro. En mi cabeza, comencé a llamar Eleanor a la víctima. El equipo de especialistas en investigación del escenario del crimen aún tiene trabajo que hacer, pero aquí no hay nadie que no crea que a Eleanor la han asesinado en pleno acto sexual: el colchón medio retirado del canapé, las sábanas revueltas, un chorro color parduzco de sangre arterial ya semidescompuesta sobre la mesilla de noche... Los más pervertidos suponen que el asesino la degolló mientras todavía estaba dentro de ella. Y lo malo es que tal vez estén en lo cierto. Muriera como muriese, quienes siempre buscan el lado bueno de las cosas podrán encontrarlo también aquí: seguramente ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo... por lo menos hasta el último instante.

De eso debió de encargarse la meta, el cristal. Cuando llega al cerebro te pone tan cachondo, tan eufórico, que resulta imposible tener ningún presentimiento. Bajo su influencia, la única idea coherente que logran concebir la mayoría de las personas es la de buscar a alguien y follárselo a lo salvaje.

Junto a las dos papelinas vacías de cristal hay algo parecido a esos botecitos de champú que dan en los hoteles. No lleva ninguna marca y contiene un líquido transparente: GHB, supongo. Una sustancia que está causando furor en los rincones más oscuros de

internet, porque, utilizada en grandes dosis, ha ido sustituyendo al Rohypnol como droga favorita para las violaciones perpetradas con la ayuda de drogas. La mayoría de los locales donde ponen música están inundados de GHB; la gente se toma una cantidad mínima para contrarrestar los efectos del cristal, y de ese modo consigue mitigar un poco la paranoia que provoca la meta. Pero el GHB también tiene sus propios efectos secundarios: se pierden las inhibiciones y se disfruta de una experiencia sexual más intensa. En la calle, uno de los nombres por los que se lo conoce es «polvo fácil». Seguro que Eleanor, después de quitarse sus Jimmy Choo y su minifalda negra, fue un auténtico cohete del Cuatro de Julio.

Me abro paso entre los presentes —ninguno de ellos sabe quién soy, un desconocido que lleva una carísima chaqueta echada sobre el hombro y un montón de lastre en su pasado— y me detengo frente a la cama. Me aílo mentalmente del ruido y la imagino a ella encima, desnuda, montándolo a él. Tiene veintipocos años y un buen cuerpo, y supongo que estará en plena ebullición: el cóctel de drogas está empujándola hacia un orgasmo devorador, su temperatura corporal se eleva por el efecto de la meta, sus pechos hinchados rebotan como locos, su ritmo cardiorrespiratorio se dispara impulsado por la embestida de la pasión y de las drogas, y su respiración se vuelve entrecortada y jadeante; su lengua húmeda busca un alma gemela y se hunde ansiosa en la boca del otro... Está claro que hoy en día el sexo no es para las gallinas.

Los rótulos de neón de la ristra de bares que se ven por la ventana debieron de iluminar las mechas rubias del peinado que está de moda esta temporada, y arrancar destellos al reloj Panerai sumergible. Vale, es una falsificación, pero buena. Conozco a esta mujer. La conocemos todos, o por lo menos a esta clase de mujeres. Se las ve en la enorme tienda de Prada que acaba de abrirse en Milán, haciendo cola a la puerta de los locales del Soho, tomando café con leche desnatada en las cafeterías de moda de la avenida Montaigne... Son mujeres jóvenes que confunden la revista *People* con un periódico y creen que el símbolo japonés que llevan en la espalda es una señal de rebeldía.

Imagino la mano del asesino en su pecho, tocándole el anillo con adornos de pedrería que lleva en el pezón. Lo toma con los dedos y tira de él para atraer a la joven. Ella deja escapar un grito,

estimulada, porque ahora su cuerpo está hipersensible, sobre todo los pezones. Pero no le importa; si alguien quiere sexo duro, significa que le gustas de verdad. Encajada encima de él, con el cabecero de la cama golpeando sin piedad la pared, seguramente estaba mirando hacia la puerta principal... que por supuesto estaría cerrada con llave y con la cadena de seguridad echada. En este vecindario eso es lo mínimo que uno puede hacer.

Al fondo hay un diagrama que indica la ruta que debe seguirse en caso de evacuación. Está en un hotel, pero ahí termina cualquier posible parecido con el Ritz-Carlton. Se llama Eastside Inn, y es hogar de nómadas, mochileros, desequilibrados y todo aquel que tenga veinte pavos para pasar la noche. Uno puede quedarse todo el tiempo que quiera: un día, un mes, el resto de su vida; sólo piden dos documentos de identidad, uno de ellos con foto.

El individuo que se había instalado en la habitación 89 llevaba ya un tiempo allí, porque encima del mueble escritorio hay un paquete de seis cervezas, junto con cuatro botellas medio vacías de licores fuertes y un par de cajas de cereales para el desayuno. Sobre una mesilla de noche descansan un estéreo y unos cuantos CD. Les echo un vistazo y veo que el tipo tenía buen gusto para la música, eso por lo menos hay que reconocérselo. Sin embargo, el armario está vacío. Por lo visto, la ropa fue casi lo único que se llevó consigo cuando se fue y dejó el cadáver licuándose en la bañera. En el fondo del armario hay un montón de basura: periódicos viejos, una lata vacía de insecticida para cucarachas, un calendario de pared con manchas de café... Lo cojo y observo que cada página contiene una fotografía en blanco y negro de una ruina de la Antigüedad: el Coliseo, un templo griego, la Biblioteca de Celso vista de noche... Así que se trata de un amante del arte. Sin embargo, las páginas están vacías, no hay ninguna cita anotada en ninguna de ellas. Da la impresión de que nunca se ha usado, salvo quizá como mantelito para el café, así que lo echo de nuevo al montón.

Me vuelvo y, sin pensarlo, en realidad llevado por la fuerza de la costumbre, paso la mano por encima de la mesilla de noche. Qué raro, no hay polvo. Hago lo mismo en el escritorio, el cabecero de la cama y el equipo de música, y obtengo el mismo resultado. El asesino lo ha limpiado todo para eliminar sus huellas. No es que eso sea excepcional, pero de pronto percibo un olor característico,

me llevo los dedos a la nariz y entonces todo cambia: el residuo que acabo de oler corresponde a un aerosol antiséptico que se utiliza en los hospitales, en cuidados intensivos, para combatir las infecciones. No sólo mata las bacterias sino que, además, como efecto secundario, destruye el ADN que pueda haber en el sudor, en la piel o en el cabello. Al rociar con él todo lo que hay en la habitación, y también la moqueta y las paredes, el asesino se ha asegurado de que la policía no tenga necesidad de molestarse en ordenar a los forenses que pasen la aspiradora.

Con una súbita nitidez, me doy cuenta de que esto es cualquier cosa menos un homicidio convencional motivado por el dinero, las drogas o la gratificación sexual. No es un simple asesinato, sino un crimen ciertamente extraordinario.

2

No todo el mundo lo sabe, y tal vez a nadie le importe, pero la primera ley de la ciencia forense es el Principio de Intercambio de Locard, y dice así: «Todo contacto entre un perpetrador y el escenario de un crimen deja un rastro.» De pie en esta habitación, rodeado de decenas de voces, me gustaría saber si el profesor Locard se topó alguna vez con algo parecido a la habitación 89, en la que todo lo que tocó el asesino se encuentra ahora sumergido en un baño de ácido, más limpio que una patena o empapado en un antiséptico industrial. Estoy seguro de que no queda de él ni una célula, ni un folículo.

Hace un año escribí un libro más bien desconocido para el público acerca de las técnicas de investigación modernas. En el capítulo titulado «Nuevas fronteras», decía que sólo una vez en mi vida había visto un caso en el que se hubiera utilizado un aerosol antibacteriano: en un golpe de alto nivel contra un agente de inteligencia de la República Checa. No era un caso que augurara nada bueno, y aún hoy continúa sin resolverse. Está claro que el individuo que se alojaba en la habitación 89 sabía lo que hacía, de modo que decido examinar la estancia con el respeto que merece.

No era una persona ordenada, y, entre el resto de la basura, descubro una caja de pizza vacía en el suelo, junto a la cama. Estoy a punto de pasar por encima de ella cuando, de pronto, reparo en que seguramente ahí es donde el asesino tenía el cuchillo: posado sobre la caja, fácil de alcanzar, tan lógico y natural que tal vez Eleanor ni siquiera se percató de que estaba allí.

La imagino sobre la cama, pasando la mano por debajo de las sábanas revueltas en busca de la entrepierna de su compañero. Lo besa en el cuello, en el pecho, y sigue bajando. Puede que él sepa lo que lo aguarda, puede que no: uno de los efectos secundarios del GHB es que anula el reflejo de las arcadas. No hay motivo para que una persona no pueda tragarse un cañón de dieciocho, veinte o veinticinco centímetros. Por eso uno de los lugares donde resulta más fácil comprarlo son las saunas gays. O los rodajes de películas porno.

Puedo imaginar al asesino agarrando a la chica. La tiende de espaldas y, acto seguido, le apoya las rodillas a ambos lados del pecho. Ella cree que se está colocando para acceder a su boca, pero seguramente, con total naturalidad, su mano derecha desciende por un costado de la cama. Sin ser visto, va palpando con los dedos la caja de pizza hasta que encuentra lo que está buscando. Frío al tacto, barato, pero, como es nuevo, está más que suficientemente afilado para cumplir con su cometido.

Cualquiera que estuviera observando la escena desde atrás vería que la chica arquea la espalda y deja escapar una especie de gemido: sin duda, él ha penetrado en su boca... Pero no ha sucedido eso. Los ojos de Eleanor, brillantes por el efecto de las drogas, se inundan de miedo. La mano izquierda del asesino le ha tapado la boca y le ha empujado la cabeza hacia atrás para dejar la garganta al descubierto. Ella se debate y forcejea, intenta defenderse empleando los brazos, pero el asesino ya ha previsto esa reacción y, a caballo sobre sus senos, hace fuerza con las rodillas para inmovilizarlos. ¿Que cómo sé yo todo esto? Por los dos ligeros hematomas que presenta el cuerpo sumergido en la bañera. Eleanor no puede hacer nada. De pronto, aparece en su campo visual la mano derecha de su asesino. La ve e intenta gritar, convulsiona violentamente, lucha por liberarse. Los dientes de acero del cuchillo de pizza relampaguean al pasar por encima de su pecho en dirección a la blanca piel del cuello y trazan un tajo profundo...

El chorro de sangre salpica la mesilla de noche. Al seccionar una de las arterias que suministran sangre al cerebro, todo termina en pocos instantes. Eleanor se derrumba, emite un gorgoteo, se desangra. Los últimos vestigios de conciencia le permiten comprender que acaba de presenciar su propio asesinato; todo cuanto

ha sido hasta ahora y cuanto esperaba ser en el futuro se ha esfumado. Así es como ha actuado el asesino. Por tanto, no estaba dentro de ella cuando la mató... Una vez más, supongo que hay que dar gracias a Dios por los pequeños detalles como éste.

El asesino se va a preparar el baño de ácido, y por el camino se quita la camisa blanca y manchada de sangre que debía de llevar puesta; han hallado fragmentos de ella en la bañera, bajo el cuerpo de Eleanor, junto con el cuchillo. La hoja mide diez centímetros de largo y tiene el mango de plástico negro, es de los que se fabrican por millones en algún taller clandestino de China.

Como todavía le estoy dando vueltas a esa vívida reconstrucción mental de lo sucedido, apenas reparo en que alguien me ha tocado en el hombro. De inmediato le aparto la mano, dispuesto a romperle el brazo al momento; un eco de una vida anterior, supongo. Tengo miedo. Se trata de un tipo que, tras pedirme disculpas brevemente y mirarme con un gesto de extrañeza, intenta que me haga a un lado. Es el jefe de uno de los equipos forenses, formado por tres hombres y una mujer, que está colocando las lámparas de luz ultravioleta y los platos de tinte Fast Blue B que van a utilizar para buscar manchas de semen en el colchón. Aún no han descubierto lo del antiséptico, y no pienso decírselo; que yo sepa, el asesino se dejó una parte de la cama. Si así fue, dada la categoría del Eastside Inn, calculo que obtendrán varios miles de positivos que se remontarán a la época de cuando las putas usaban medias.

Me aparto, pero estoy profundamente abstraído; intento aislarme de todo porque en la habitación, en toda esta situación, hay algo que me intriga. Aún no sé qué es exactamente, pero hay una parte de la escena que no encaja, y tampoco sabría decir por qué. Miro a mi alrededor para hacer inventario de nuevo de lo que voy viendo, pero no logro dar con ello. Sin embargo, tengo la sensación de que se refiere a algo que ha sucedido esta misma noche. Retrocedo mentalmente, rebobino hasta el momento en que entré en esta habitación.

¿Qué era? Rebusco en mi subconsciente intentando recuperar la primera impresión que tuve al entrar aquí... Se trataba de algo que no tenía nada que ver con la violencia, un detalle menor pero que resultaba enormemente significativo. Si por lo menos

pudiera tocarlo... Fue como una sensación... como... como cuando se tiene una palabra en la punta de la lengua. Recuerdo que en mi libro escribí que son las suposiciones, las suposiciones que no se cuestionan, las que nos hacen tropezar siempre... y de pronto lo recuerdo.

Cuando entré, vi el paquete de seis cervezas sobre el mueble escritorio, encontré un cartón de leche en la nevera, leí los títulos de varios DVD que había junto al televisor y me fijé en la bolsa que protegía el cubo de la basura. Y la impresión —la palabra— que me vino a la mente en aquel momento, pero no llegó a mi nivel consciente, fue «femenino». Había acertado con todo lo que había ocurrido en la habitación 89, salvo en lo más importante. Quien se alojaba aquí no era un hombre joven; quien había estado practicando sexo con Eleanor y acabó rajándole el cuello no era un listo hijo de puta que le borró las facciones de la cara con ácido y empapó la habitación con un aerosol antiséptico.

Era una mujer.